

LULISMO, PRAGMATISMO Y DESPUÉS... EN TORNO AL ESTILO DE LIDERAZGO POLÍTICO EN EL BRASIL DE NUESTROS DÍAS

RAÚL ENRIQUE ROJO*

RESUMEN

El *lulismo* sería el resultado de la conjunción de un proyecto de liderazgo de un Lula que pretendió alcanzar estatura de estadista, con cierta matriz gerencial del Estado brasileño y una forma de gobernabilidad política, mucho más que un proyecto de desarrollo para el Brasil. Su pragmatismo económico le permitió asumir las rupturas derivadas de la acumulación capitalista. Por eso, aunque el discurso de Lula y los principales dirigentes del Partido de los Trabajadores continúe a evocar la mística del pueblo como titular nato de una verdad esencial, no se puede decir que el *lulismo* sea un populismo. ¿Qué es, entonces, este extraño “animal político”? ¿Qué lugar ocupa en este diseño el pretendido liderazgo regional de Lula y hasta qué punto su sucesora acompañará el proyecto partidario del *lulismo* y los delirios de grandeza del ex presidente? Tales son algunas de las incógnitas que pretende develar el trabajo sobre el cual versa la presente ponencia.

INTRODUCCIÓN

El 1º de enero de 2011 Brasilia amaneció desusadamente lluviosa y fría (al menos para los cánones de la modernista capital que, justo medio siglo antes, habían dado a luz Oscar Niemeyer y Lucio Costa). Lo suficiente como para que Dilma Rousseff tuviera que hacer bajar la capota del Rolls Royce cabriolé Silver Wraith (una reliquia de 1953 que ya había servido al viejo caudillo Getulio Vargas) que hoy utilizaba para realizar el corto trayecto que separaba la Catedral Metropolitana² del Congreso Nacional donde prestaría juramento³ como trigésimo sexto presidente de los brasileños. Ni los altos dignatarios nacionales y extranjeros⁴, ni los numerosos periodistas que cubrían la ceremonia, ni el público que por entonces desafiaba la lluvia a lo largo del trayecto tenían la íntima convicción que, después de ocho años y dos presidencias consecutivas de Luiz Inácio Lula da Silva, se estuviese

*Abogado y Notario por la Universidad de Buenos Aires (UBA); Magíster en Sociología por la Pontificia Universidad Católica Argentina "Santa María de los Buenos Aires" (UCA); Doctor en Sociología por la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* (EHESS, París). Posdoctor en Sociología Jurídica por la *Université de Montréal* (Quebec, Canadá), de cuyo *Centre de Recherche en Droit Public* (CRDP) fue investigador visitante. Ex docente de la Universidad de Buenos Aires. Director de investigaciones del *Centre de Recherches sur l'Administration de la Justice et la Société* (CRAJS, París). Titular de la “Cátedra de las Américas” de la *Université de Rennes 2 (Haute Bretagne)*. Actualmente es Profesor e Investigador de la Universidad Federal de Rio Grande do Sul (UFRGS, Porto Alegre, Brasil), Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas, Programas de Posgrado en Sociología y en Relaciones Internacionales. E-mail: raulrojo@ufrgs.br

² Donde había trocado el automóvil más simple que la había traído desde la residencia de funciones, en el Asa Norte de Brasilia, donde vivía hasta ese día en su calidad de Ministro Jefe de la Casa Civil (algo así como un Jefe de Gabinete) del Gobierno Lula.

³ En realidad, tanto ella como el vicepresidente Michel Temer (que cumplió idéntico trámite minutos después en el mismo recinto) solo leyeron un “compromiso” oficial de “mantener, defender y cumplir la Constitución, observar las leyes, promover el bienestar general del pueblo brasileño (así como) sustentar la unión, la integridad y la independencia del Brasil”.

⁴ Pocos, éstos, puesto que el día fijado para este tipo de ceremonias por la Constitución Brasileña obliga a los visitantes a pasar la noche de fin de año en Brasilia (con excepción, tal vez, de los mandatarios argentinos y uruguayos, y esto a condición de levantarse y tomar su avión bien temprano).

cerrando una etapa o comenzase una nueva era política. Ellos (como la mayoría de los analistas políticos, por lo demás) veían a “Dilma”⁵ como la titular de un interregno que garantizaría el retorno de Lula⁶ cuatro años después⁷, previéndose que su futuro gobierno sería “un poco más de lo mismo” (aunque sin la seducción del antiguo líder que, se suponía, continuaría – como un verdadero “traspunte” del oficialismo brasileño – a señalar a los actores cuando debían entrar o salir de escena y a dictar desde los bastidores el tenor de su discurso). ¿Hasta qué punto se confirmaron estos presagios?

LULA O EL PRAGMATISMO BIEN TEMPERADO

Antes habría que saber, empero, en qué consistía eso “mismo” que Lula había significado y que se suponía que Dilma iba a repetir. Sin duda algo que parecía agradar a la mayoría de los brasileños, puesto que el presidente saliente partía con una aprobación que superaba el 80% de los encuestados en los sondeos de opinión de todas las consultorías.

Ciertamente, la gestión de Lula no significó un rumbo nuevo en la orientación económica que había marcado el gobierno de Fernando Henrique Cardoso (FHC) por dos períodos consecutivos (entre 1995-1998 y 1999-2002), anticipada por su gestión al frente del Ministerio de Hacienda⁸ durante el gobierno de Itamar Franco. En esta ocasión, Cardoso (con el auxilio de economistas vinculados a su Partido de la Social Democracia Brasileira o PSDB) había puesto fin a la hiperinflación que por aquel entonces (1993-1994) asolaba el Brasil a partir de un plan (originariamente bautizado “FHC” y después conocido como “Plan Real”), que creó una nueva unidad monetaria (precisamente, el “real”) cuyo valor fue (y continúa a ser) determinado por el mercado (aunque un lastre cambiario poco rígido, durante los primeros años, y la política de tasas de interés del Banco Central, a partir de 1999, pasaron a ser determinantes). El fin de la inflación y del pago del “impuesto inflacionario” (que castiga mucho más a los bolsillos de los menos pudientes) no sólo devolvió al Brasil su signo monetario y la capacidad de ahorro, tornando previsible las consecuencias de las opciones económicas del Estado y los particulares, sino que tuvo por resultado la promoción económica e inclusión social de numerosas camadas populares, que entraron por primera vez en el mercado y se beneficiaron con la privatización de servicios esenciales como el telefónico que mal prestaba hasta entonces el monopolio estatal. Y tales consecuencias garantizaron la reelección de FHC a fines de 1998.

Sin embargo, el comportamiento de la economía internacional a lo largo del segundo mandato de Cardoso no fue tan pacífico como durante el primero, sucediéndose la crisis financiera asiática que empezó en julio de 1997 y la “crisis del rublo” que golpeó a Rusia en agosto de 1998 y exacerbó a la primera. Brasil pudo hacer frente a ese período de dificultades financieras (gracias a adecuadas decisiones que salvaron su moneda “dura” sin caer en rigideces del tipo de las que por esa misma época estaban vigentes en la Argentina), mas eso obligó a opciones duras, porque (en contra de lo que pretendía la ilusión populista⁹) lo que ganaba un sector provenía de otro y los más castigados fueron los

⁵ Los brasileños designan a sus personalidades (vivas o muertas – aunque se hayan convertido en nombre de calles, y entonces a estas mismas) por su nombre de pila, cuando no por sus iniciales. En este texto seguiremos frecuentemente, para muchos de ellos, este uso vernáculo.

⁶ Forma hipocristica de “Luiz”, que es su sobrenombre desde los tiempos de dirigente sindical. Posteriormente, este pseudónimo fue adicionado a su apellido legal para poder identificarse electoralmente con él. Será el que utilizaremos casi siempre para individualizarlo en este trabajo.

⁷ Pues la Constitución prohíbe la reelección por más de un período consecutivo.

⁸ Que en el Brasil a pesar de llamarse así (*Ministério da Fazenda*) tiene las atribuciones de un verdadero Ministerio de Economía.

⁹ A partir de los años 1940, sucesivos gobiernos latinoamericanos jugaron con la emisión-falsificación de la moneda. Parecía una solución ideal: en vez de sacar a unos para dar a otros – que es lo que hacen, en provecho de distintos sectores, los gobiernos de las diversas familias políticas cuando tienen moneda fuerte – creyeron que se podía dar a unos sin quitar nada a los demás: esta es la ilusión populista.

que tenían menos. Fue entonces que hizo su aparición en la escena nacional *Lulita, paz y amor*¹⁰. Los años y tres elecciones presidenciales perdidas le habían enseñado bastante al antiguo líder sindical al que los brasileños más necesitados dieron el triunfo en los comicios generales de 2002.

La faceta adoptada por el líder petista durante la campaña reveló un personaje político sonriente y conciliador – el mencionado “*Lulinha paz e amor*” –, bien diferente del Lula combativo de las elecciones de 1989 – época en que recibió de su contrincante Leonel Brizola el sobrenombre de “sapo barbudo”. Negándose a todo ataque frontal a cualquier candidato (en especial al crispado José Serra del PSDB), con un discurso de conciliación social y asegurando que mantendría los fundamentos y los logros de la economía libre de mercado que había establecido su predecesor – y que él y el Partido de los Trabajadores (PT) habían combatido durante ocho años – Lula no solo se impuso, sino que construyó la base económica a partir de la cual pudo instrumentar en lo venidero una vasta política asistencialista. Fuerza es reconocer que Lula supo colocar todo el peso de su atracción personal¹¹, dentro y fuera del PT, para desmarcarse de la tradición partidaria y, dando la espalda a la aventura, optar por la continuidad de un plan económico técnicamente bien concebido como era el pergeñado durante las gestiones de Fernando Henrique Cardoso. Para ello no titubeó en confiar la presidencia del Banco Central a un banquero que había presidido la *Bank Boston Corporation*¹² y que se había elegido diputado por el PSDB: Henrique Meirelles. Tanto éste como sus equipos técnicos y los ministros de Hacienda que lo acompañaron (cierto que con mucho más ortodoxia Antonio Palocci, el petista, que Guido Mantega, el tecnócrata) no solo continuaron sino que profundizaron el Plan Real hasta un punto que Fernando Henrique, su ministro Pedro Malan y el presidente del Banco Central de la época, Arminio Fraga, no habían osado alcanzar¹³.

Es verdad que Lula no tuvo que hacer frente hasta 2008 a ninguna crisis del tipo de las que habían estremecido los mercados mundiales durante el último gobierno de su predecesor. Por el contrario, la economía brasileña cabalgó en la ola de la valorización de las *commodities*, mientras el agro-negocio (tradicionalmente denostado por los militantes del PT, partidarios de la “agricultura familiar”) convertía al Brasil en uno de los primeros productores y exportadores de carnes (rojas y blancas) y de soja, y la empresa *Vale do Rio Doce* (privatizada durante el gobierno de FHC, contra el viento y marea levantados por el PT) se erigía en una productora y exportadora de hierro y minerales no ferruginosos significativa a escala mundial. Los nuevos yacimientos petrolíferos detectados en aguas continentales brasileñas y el dominio por la estatal Petrobrás (obrando sola o en consorcio con otras empresas internacionales) de la tecnología más avanzada de extracción en aguas profundas, acabó por consolidar la posición del país, que fue el último en ser tocado por la crisis desencadenada en 2008 y el primero en salir de ella (gracias, en buena parte, como debe ser reconocido, a la gestión económica inteligente y pragmática del gobierno de Lula).

¹⁰ Versión castellana de la expresión en portugués: *Lulinha, paz e amor*, con la que se autodefinió el interesado.

¹¹ Me niego a hablar de “carisma” en el caso. Como sabemos, este es un concepto sociológico que fue incorporado como herramienta conceptual por Max Weber para aludir a uno de los tres fundamentos primarios de legitimidad de la dominación. Según Weber “debe entenderse por ‘carisma’ la cualidad, que pasa por extraordinaria (condicionada mágicamente en su origen, lo mismo si se trata de profetas, hechiceros, árbitros, jefes de cacería o caudillos militares), de una personalidad, por cuya virtud se la considera en posesión de fuerzas sobrenaturales o sobrehumanas – o por lo menos específicamente extracotidianas y no asequibles a cualquier otro –, o como enviados del dios, o como ejemplar y, en consecuencia, como jefe, caudillo, guía o jefe” (Max WEBER, *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, Fondo de Cultura Económica, México y Buenos Aires, 1992, p. 193), Hoy el término viene siendo devaluado por un uso a tontas y a locas hasta para designar a una joven popular en una rueda danzante o una marca de perfume... Por eso preferiremos hablar en el caso de Lula de “atracción personal” o “fuerza de seducción”.

¹² Así como del *Global Banking* (área internacional del *Fleet Boston's Global and Wholesale Bank*).

¹³ Obteniendo, por ejemplo, superávits presupuestarios primarios (que excluyen los fondos destinados al pago de la deuda externa y son considerados un indicador de la solvencia de un país) muy superiores a los que se atrevieron a lograr Malan, Fraga y los suyos.

Este jamás admitió, empero, cuanto debía ese resultado a las políticas implementadas antes de él. Peor aún, con mala fe digna de mejor causa, convirtió en uno de sus *Leitmotiv* discursivos predilectos la supuesta “herencia maldita” que habría recibido de su predecesor. Pretendió, de tal suerte, dar credibilidad a su discurso trayendo a cuento las tasas de interés y de cambio que llegaron a imperar en los últimos meses de la gestión de Fernando Henrique Cardoso, callando que eso ocurrió *después que el propio Lula hubiera triunfado en las elecciones y antes de que él asumiese la presidencia*, cuando los mercados y los inversores extranjeros entraron en pánico, temiendo la socialización de la economía, y comenzaron a actuar en consecuencia. De todas formas, lo cierto es que el pragmatismo aludido y la bonanza económica acabaron por sentar las bases materiales del *lulismo*.

EL LULISMO

El *lulismo* sería el resultado de la conjunción de un proyecto de liderazgo a escala nacional y regional de un Lula que pretendió alcanzar estatura de estadista, con cierta matriz gerencial¹⁴ del Estado brasileño y una forma de gobernabilidad política, mucho más que un proyecto de desarrollo para el país¹⁵. Su pragmatismo económico, precedentemente abordado (que le permite hacer suya la política económica que heredó de los políticos y economistas socialdemócratas creadores del Plan Real), le dejó asumir las rupturas derivadas de la acumulación capitalista. Por eso, a pesar de que el discurso de Lula y los principales dirigentes *petistas* continúe a evocar la mística del pueblo como titular nato de una verdad esencial, de una sabiduría y de un conocimiento que no pueden ser discutidos o criticados, no se puede decir que el *lulismo* sea un populismo.

El *lulismo* resulta de la fusión que se produjo entre el poder de la burocracia partidaria *petista* (que se apropió del control de las campañas electorales, de la agenda de los candidatos, de la línea de marketing político y de la publicidad – así como del dinero destinado a una y otra) y el poder del saber técnico (compuesto por asesores de diversas áreas – economía, ciencia política, sociología, comunicación) que se unieron detrás de Lula, lo llevaron al gobierno y a partir del día siguiente produjeron programas (a veces conflictivos entre sí) para gobernar y (sobre todo) para arroparlo con una imagen y ciertas ideas. La estructura que resultó de esta conjunción (de hecho pero no aleatoria) se fue haciendo cada vez más profesional, centralizadora y personalista cortocircuitando el aparato organizacional y la mística movimientista del PT, desplazando e ignorando las reglas procesales admitidas hasta entonces para la toma de decisiones, favoreciendo la capacidad de seducción y la atracción personal de la figura de Lula, que galvanizó a la militancia dentro y fuera del Partido.

Para ciertos autores, la aparición del *lulismo* se exteriorizó con la “Carta a los Brasileños”, texto firmado por Lula en junio de 2002 y preparado para él por Antônio Palocci, en ese entonces su director de campaña electoral, asegurando que, en caso de victoria, el PT respetaría los contratos nacionales e internacionales celebrados por su antecesor, Fernando Henrique, ofreciendo todo tipo de garantías jurídicas y políticas sobre la propiedad privada, la libertad de expresión y la defensa de las instituciones democráticas¹⁶. Este texto es doblemente significativo si se sabe que el documento en cuestión fue redactado a pedido del líder para sustituir otro propuesto a él por el ala izquierdista y populista del Partido, que Lula rechazó y que había sido elaborado por un grupo encabezado por quien era, en esos

¹⁴ Como es sabido, Robert Blake y Jane Mouton desarrollaron una forma supuestamente objetiva de representar desde un punto de vista bidimensional los estilos de liderazgo (que habían sido estudiados desde mediados del siglo XX en las Universidades de Ohio y de Michigan) y son los creadores de una “matriz gerencial” o administrativa que se conoce en inglés con el nombre de “*managerial grid*” (Conf. Robert R. BLAKE y Jane S. MOUTON, *The managerial grid*, Gulf Publishing, Houston, 1994).

¹⁵ Merval PEREIRA, *O lulismo no poder*, Record, Río de Janeiro, 2010.

¹⁶ André SINGER, “Raízes sociais e ideológicas do lulismo”: *Novos Estudos CEBRAP*, nº 85 (2009), pp. 83-102.

días, alcalde de Santo André (municipio de la Región Metropolitana de San Pablo), Celso Daniel (que iba a ser el responsable de la campaña de Lula y fue misteriosamente asesinado).

Pero, si el *lulismo* no es un populismo, hay que reconocer que tampoco representa exclusivamente a una categoría social, ni a una ideología, ni se confunde con el Estado, ni es la expresión del mero culto a la personalidad del líder, sino que resulta de la fusión de todos estos elementos en una política y en una organización que hacen referencia al pueblo como esencia, al “Estado como demiurgo de la sociedad civil y de las relaciones sociales en el Brasil”, tutelando la integración “de las masas urbanas y rurales al mercado de consumo de la clase media” (sin modificar las relaciones tradicionales de poder), como afirma Rudá Ricci¹⁷, y a la persona de Lula como agente de formación de la conciencia nacional.

El *lulismo*, sin embargo comparte con el populismo algunos rasgos. Por de pronto aquel que José Murilo de Carvalho¹⁸ ha llamado “social clientelismo”, mecanismo paternalista (y, llegado el caso, electoralista) de asistencia social de las masas ignaras y sumergidas, de aquellos que los brasileños gustan de identificar como el *povão* (usando una expresión al mismo tiempo afectuosa y peyorativa). Este asistencialismo es un fenómeno de raíces históricas en el Brasil, pero se desarrolla exuberante cuando encuentra instrumentos y condiciones políticas como las ofrecidas por el *lulismo*. Aún cuando puntualmente puede producir efectos reductores de la pobreza en regiones periféricas, tiene por objeto, en la especie, mantener esas masas constantemente “a disposición” del líder concedente, cautivas de su discurso y, sobre todo, de sus canonjías y prebendas, por las que no se exigirá otra contrapartida que la presencia vocinglera en los actos públicos y el voto incondicional el día de las elecciones.

El *lulismo* reconoce, así, una doble genealogía (filiación y usurpación al mismo tiempo) que me parece determinar su discurso. En primer lugar, postulando la posibilidad de satisfacción inmediata de todos los deseos de los cuales se hace eco, el *lulismo* se inscribe en la historia de las demagogias. La otra vertiente de esta genealogía, también importante, es más precisamente una “captación de herencia”, ya que apela a la corriente literaria y política (cara a la cultura occidental y a la tradición de izquierda) que pretende hablar en nombre del pueblo. En un contexto preindustrial y predemocrático querer hablar en nombre del pueblo, dar voz a los que no podían hacerse oír, consistía en una noble ambición, pues se trataba de asegurar la representación a quien aún carecía de ella. Cuando el *lulismo* aparece en escena, se apropia de esta temática, pero pervirtiendo esta idea porque el contexto brasileño actual, en el cual se expone, ha cambiado radicalmente. Si el *lulismo*, en efecto, continúa hablando del “pueblo”, es para proponer una visión unanimita inspirada en un discurso que, de hecho, es autoritario por que pretende ignorar tanto “las instituciones de la libertad garantidas por el derecho constitucional”¹⁹ como la autonomía de los actores, negándose a admitir que la sociedad, atravesada por intereses contradictorios, pueda adoptar una dialéctica democrática. Por lo demás, el *lulismo* pretende continuar hablando “en nombre del pueblo” cuando éste ya tiene representantes electos. Se percibe, de tal forma, que el enemigo jurado del *lulismo* es la democracia representativa, acusada de todos los males, desde haber confiscado los votos populares en perjuicio de la idealizada democracia participativa, a la ineficacia, pasando por la venalidad, olvidando que fueron los articuladores del *lulismo* quienes pusieron precio al apoyo parlamentario, como se verá más abajo. La verdad es que el sueño de Lula y de sus secuaces ha sido siempre el inmediatismo de la relación entre el “pueblo”,

¹⁷ Rudá RICCI, *Lulismo — Da era dos movimentos sociais à ascensão da nova classe média brasileira*, Fundação Astrojildo Pereira y Contraponto, Brasília y Río de Janeiro, 2010.

¹⁸ José Murilo de CARVALHO, “Mandonismo, coronelismo, clientelismo: Uma discussão conceitual”: *Dados*, vol. 40, n° 2 (1997), pp. 229-250. Ver también, del mismo autor, “Discurso na cerimônia de entrega da Medalha Presidente Juscelino Kubitschek de Oliveira” (2006). Disponible en el *site*: www.ufmg.br/online/arquivos/Discurso de Jose Murilo de Carvalho na entrega da Medalha Presidente JK.doc

¹⁹ Jürgen HABERMAS, “Citoyenneté et identité nationale”, en la compilación del mismo autor: *L'intégration républicaine. Essais de théorie*, Librairie Arthème Fayard, París, 1998, p. 76.

sumiso y unánime, y el supuesto “padre de los pobres”²⁰, “hijo del Brasil” (como lo llama en su título un costoso filme rodado para mayor gloria del líder, que fue estrenado en 2010, el año de las elecciones presidenciales que consagrarían a su ungida, Dilma). A la definición de la nación por el contrato, el *lulismo* opone, así, la comunión litúrgica.

Hice alusión recién a “la tradición de izquierda” a la que, según mi parecer, no puede pertenecer ni el *lulismo*, ni su cabeza visible. Tal vez sea oportuno aclarar a esta altura de la exposición que a pesar de considerar que no es de izquierda la experiencia política comentada (y quizás por eso mismo), creo que tiene sentido y que continúa siendo importante hablar de “izquierda” y “derecha” en el mundo actual, en América Latina y, en particular, en el Brasil. Como recuerda Gianfranco Pasquino²¹, situarse a izquierda significa asumir todavía un compromiso respecto de la igualdad mucho mayor que aquel que tienen los que se sitúan a derecha. Implica también un interés mayor de que los gobiernos (y los partidos que los sustentan) tengan un papel más activo en la construcción de sus objetivos. Para mí, en fin, lo que tiene sentido (y futuro), son los valores asociados a la izquierda democrática, especialmente la necesidad de inclusión y de instrucción para las personas que no tienen los medios apropiados para protegerse a sí mismas²².

Finalmente, hay otra característica del *lulismo* que lo distancia de los valores de la izquierda democrática que acabo de mencionar y en la cual me gustaría detenerme: su apego a una forma crapulosa de gobierno, en particular su propensión a la corrupción. No pretendo hacer aquí un resumen de noticias policiales que tuvieron amplia repercusión dentro y fuera del Brasil. Tampoco afirmo que la corrupción comenzó cuando Lula y el Partido de los Trabajadores llegaron al gobierno²³. Sostengo, en cambio, que la corrupción en este caso es una consecuencia de la forma de hacer política del *lulismo* y del estilo de liderazgo de Lula da Silva, no apenas el resultado de desvíos de conducta de algunos funcionarios. Más aún: pienso que la corrupción es *funcional* para esa tendencia escabrosa de conquista y ejercicio del poder representada por el *lulismo*.

En el origen tanto de la corrupción como del social-clientelismo del *lulismo* está su típica confusión entre lo público y lo privado. De ahí proviene la falta de todo decoro y moral en el manejo de los fondos públicos, pues el celo en su gestión y la rendición de cuentas son tenidos por “pruritos burgueses”, sobre todo por los dirigentes que, en otros tiempos, militaron en movimientos de orientación revolucionaria²⁴. Esta gente se habituó a colocar la “revolución social” como objetivo final de su lucha, sin conceder gran importancia a los medios usados para conseguir tal fin, porque la

²⁰ Conf. Edición *on line* de *Der Spiegel International*, del 24 de noviembre de 2009, p. 1.

²¹ Gianfranco PASQUINO, *La democracia exigente*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1999.

²² Raúl Enrique ROJO, “A (suposta) guinada a esquerda da América Latina”, en Fernando Schüler y Marília Barcellos (eds.), *Fronteiras: arte e pensamento na época do multiculturalismo*, Editorial Sulina y Telos, Porto Alegre, 2006, pp. 39-55.

²³ El hecho de que la construcción de la sociedad brasileña no haya tenido por fundamento el individuo sino las relaciones personales, explicaría en términos sociológicos ciertos comportamientos cotidianos, que no son de hoy e implican dimensiones varias de deshonestidad (como el “favor”, el “*jeitinho*” – manera hábil o astuciosa de conseguir algo – o la “*carteirada*” – presentación de un carné o cartera profesional o funcional para mostrar autoridad), usados tanto para conseguir acceso a derechos que de acuerdo a la ley tendrían que ser reconocidos a todos como para superar barreras legales, que inficionan las prácticas cotidianas de los ciudadanos y están en el origen de la corrupción política institucional (Ver Luiz WERNECK VIANNA, “Weber e a interpretação do Brasil”, en Jessé de SOUZA (ed.), *O malandro e o protestante – A tese weberiana e a singularidade cultural brasileira*, Editora da UnB, Brasília, 1999, pp. 173-193).

²⁴ Pensamos que no es por casualidad que algunos de los principales responsables del pago *mensual* de sumas de dinero a los parlamentarios de su propia base de sustentación política para que votaran en proyectos que importaban al gobierno de Lula (conocido como “escándalo del *mensalão*”), como José Genoíno y José Dirceu, entre otros, hayan sido antes abnegados militantes de la lucha armada contra la dictadura militar. Alguien se olvidó de avisarles que (como dirían Jorge Semprún y Alain Resnais) “la guerra ha terminado”. Tampoco pensamos que sea fortuito el hecho de haber tenido la misma militancia de origen Sergio Motta, el “ángel caído” del gobierno de Fernando Henrique Cardoso, *deus ex machina* de sus privatizaciones controvertidas, para quien las inquietudes éticas del presidente y de su entorno no eran nada más que una “masturbación sociológica” (sic).

felicidad de la mayoría estaba en juego. Pero cuando la parusía comunista se perdió en el horizonte del Muro caído, y únicamente subsistió un proyecto político como todos los otros, los métodos de trabajo continuaron siendo los mismos, solo que al servicio del poder del líder y su cohorte. Es por eso que cuando son descubiertos sus negociados se tratan de disculpar alegando que el dinero sucio era para “pagar la ‘Caja 2’ de la campaña electoral”, o que ellos, finalmente, no robaron en provecho propio²⁵.

La corrupción, como he dicho, no es apenas una forma de enriquecimiento ilícito de los operadores del *lulismo*, es *funcional* y *orgánica* para el régimen, pues es con su producto que se puede comprar tanto los votos que hacen falta como las voluntades de aliados coyunturales y poco seguros. Entra a jugar aquí el profundo desprecio de los *lulistas* por todo lo que no “viene del pueblo”. Esos “oligarcas”, esos “antipueblo” que eventualmente pueden formar parte de la “base aliada” no deben a pesar de ello ser asociados al proyecto político “popular” que los “históricos” del PT dicen encarnar. Son apenas “mercenarios”, “prostitutas” con quien se puede pasar un buen momento, pero que como tales “no se llevan a casa”. Con todo, si son necesarios en un momento determinado, su carácter venal los tornará comprables con el dinero mal habido. Así, de la política sucia a la cleptocracia²⁶ media apenas un paso...

No se piense, por eso, que la mayor o menor honestidad en el manejo de la cosa pública depende de la honradez de los agentes políticos del *lulismo*. Eso puede ayudar, evidentemente, pero la corrupción (como su otra cara, el social-clientelismo) son estructurales, se trata de la necesaria consecuencia de la forma de hacer política de esta gente (por detrás de la cual está la falta de diferenciación entre lo público y lo privado propia de dichos agentes). No depende de los hombres. Los dineros del Estado, los fondos de la campaña electoral, el producto de los negocios fraudulentos y el patrimonio del líder y del grupo aúlico se confunden en la mentalidad *lulista*, y el líder dispone de unos y otros porque el Partido, el Proyecto y el Estado “son él” (en una reedición de la afirmación absolutista atribuida a Luis XIV)²⁷.

EL PROYECTO DE LIDERAZGO REGIONAL DE LULA

El dramaturgo brasileño Nelson Rodrigues solía afirmar que Brasil tenía “*complexo de vira-lata*” (complejo de perro vagabundo, sin raza determinada), es decir, que durante mucho tiempo el país actuó en diversos sectores animado por un complejo de inferioridad²⁸. La política externa del presidente Lula dio un giro de ciento ochenta grados en ese estado de ánimo. Desde el inicio, basada en un equivocado complejo de superioridad, mostró un exasperado deseo de liderazgo regional y mundial articulado a un proyecto de poder personal que alentó el presidente da República y fue preparado en diversas sedes del poder y por distintos operadores políticos. Varios actores disputaron, en efecto, el

²⁵ Argumento que recuerda a otro (más descarado, es cierto) del ex ministro argentino José Luis Manzano cuando ensayó una justificación para la apropiación indebida de fondos de la que se lo acusaba. En efecto, Manzano alegó entonces que él “robaba para la Corona”, afirmación que un periodista inteligente usó como título del *best seller* de la malversación de caudales públicos en la época del ex presidente Carlos Saúl Menem (Horacio VERBITSKY, *Robo para la corona. Los frutos prohibidos del árbol de la corrupción*, Editorial Planeta, Buenos Aires, 1992).

²⁶ Según Stanislav Andreski, la cleptocracia (del griego *kleptes*, “ladrón” y *cratos*, “poder”) es “un sistema de corrupción agravado por la mafia y moderado por el amiguismo”. Por “amiguismo” el mismo Andreski entiende toda una serie de vínculos de familia, partido y clientela que orientan “funcionalmente” la corrupción, canalizándola en el interior de un sistema. (Stanislav ANDRESKI, *Parasitism and Subversion. The Case of Latin America*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1970, pp. 62-69).

²⁷ ¿Acaso Lula no respondió “*o vermelho sou eu*” cuando fue cuestionado por la ostensiva disminución del color rojo en la propaganda del Partido de los Trabajadores?

²⁸ Nelson Rodrigues, para explicar los fracasos que sufría hasta mediados del siglo pasado el fútbol brasileño frente al europeo, decía que ante los rubios y bien nutridos atletas anglo-germánicos su gente morena era acometida de pánico y, en lugar de mostrar su valor, aullaba como un perro *vira-lata*. Era lo que Nelson Rodrigues bautizó como “*complexo de vira-lata*” (Nelson RODRIGUES, *A pátria em chuteiras. Novas crônicas de futebol*, Companhia das Letras, San Pablo, 1996).

título de “primer consejero del príncipe” en materia internacional, entre ellos Celso Amorim (ministro de Relaciones Exteriores que acabó afiliándose al PT) y Marco Aurelio García (asesor especial del presidente en temas internacionales), ambos agentes de primera magnitud del aparato *lulista*. García, en particular, se encargó (como prócer del PT que siempre cuidó de las relaciones externas del Partido) de que el Ministerio de Relaciones Exteriores incorporase en sus prácticas diplomáticas un nuevo sesgo ideológico. Esa duplicidad de mandos dificultó la ejecución de políticas y privó a los profesionales del área de uno de sus mayores ejercicios de vanidad, cual es tener el monopolio de las definiciones diplomáticas. Son conocidos los celos de Itamaraty²⁹ por la presencia de “extraños en su nido”.

Como si las complicaciones generadas por la existencia de estos dos actores no fueran suficientes, un tercer personaje se insinuó, pasando originariamente por encima de su ministro de tutela (cuando era Secretario General de Itamaraty) y aprovechando después la autonomía de que gozó como Secretario de la Presidencia. Nos referimos-al último Secretario de Asuntos Estratégicos de Lula, Samuel Pinheiro Guimarães Neto. Las limitaciones al presidente en materia de política exterior no vinieron, entonces, tanto de la Constitución o de las instituciones, sino de los consejeros y su multiplicación (cuya opinión un presidente en búsqueda de una estatura de estadista parecía no poder ignorar) y de la convivencia en el mismo gobierno de corrientes de opinión diferentes, fruto del loteo del gabinete entre una vasta “base aliada”, resultado a su vez del “presidencialismo de coalición” imperante (tema sobre el que volveremos cuando analicemos las peripecias del gobierno de Dilma Rousseff). Los problemas, sin embargo, no acabaron allí. Existen desde la época de Lula también desentendimientos entre Itamaraty y algunas de las carteras con las que el Ministerio de Relaciones Exteriores (MRE) comparte la formulación de la política externa, como las de Hacienda, Desarrollo, Industria y Comercio Exterior, Agricultura, Ganadería y Abastecimiento y la de Medio Ambiente. Al punto de dar a veces la impresión que, a despecho de la nueva geometría del poder y del papel que el MRE continua desempeñando, la política externa fue usada durante el Gobierno Lula para agradar una fracción militante de la base del gobierno. Es lo que algunos autores como Celso Lafer³⁰ y Paulo Roberto de Almeida³¹ han llamado la “partidización de la política externa brasileña”.

Esta circunstancia fue llamativamente nueva. La política externa del Brasil había sido siempre, desde la época imperial, una “política de Estado” y no una “política de gobierno”. A lo largo de más de un siglo y medio e independientemente del signo político del gobierno, de ser ejercido el mismo por militares o civiles, de tratarse de una monarquía o una república, de un régimen autoritario o democrático, parlamentario o presidencialista, la política externa brasileña respondió a una visión de país (el “Brasil potencia”), que en opinión de sus vecinos pudo parecer excesiva, pero que colocaba los intereses de la nación por encima de las coyunturas políticas. Este diseño había sido elaborado y puesto en ejecución por equipos diplomáticos con un alto grado de profesionalismo y competencia. Estos “hombres de la Casa”, no pudieron menos que resentirse y alarmarse cuando comprobaron que la política externa del país se tornaba un capítulo más del proyecto de poder personal de Lula, más exactamente aquel que debería concederle al presidente sus diplomas de estadista. Peor aún: como en la distribución del poder interno, el aparato técnico y el heredado por el *lulismo* de anteriores gestiones había preterido a las corrientes más a izquierda del PT en la formulación de políticas fiscales y monetarias, así como en la gestión económica, este sector del Partido se vio conceder, en compensación, el rediseño y la conducción de la política externa del país. No acababa por aquí, empero, la instrumentalización partidaria pues, además de dar satisfacción ideológica a estos segmentos más radicales de la base de apoyo al presidente, la maniobra respondía a otros dos objetivos vinculados

²⁹ Nombre histórico de la sede del Ministerio de Relaciones Exteriores brasileño.

³⁰ Celso LAFER, *A identidade internacional do Brasil e a política externa brasileira. Passado, presente e futuro*, Perspectiva, San Pablo, 2007.

³¹ Paulo Roberto de ALMEIDA, “Uma nova 'arquitetura' diplomática? Interpretações divergentes sobre a política externa do governo Lula (2003-2006)”: *Revista Brasileira de Política Internacional*, vol. 49, nº 1 (2006), pp. 95-116.

entre sí. El primero se propuso llevar al terreno de la política externa brasileña la lucha que en términos dignos de Carl Schmitt identificaba al Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB) como el enemigo político a abatir. El segundo apuntaba a glorificar a Lula, desconstruyendo políticamente a Fernando Henrique Cardoso, atribuyendo también a su significativo legado diplomático la característica de una “herencia maldita”³².

Desde el punto de vista de la conducción de la política externa, la partidización condujo a profundos equívocos de la gestión diplomática. El más evidente fue una desmedida ilusión voluntarista empeñada en poner de resalto el papel de liderazgo del presidente Lula en el mundo y su supuesta capacidad para encaminar, a partir del Brasil, todos los grandes problemas de la vida internacional. Lula y su canciller, Celso Amorim, cometieron, así, en diplomacia el mismo error en que incurrió el ex técnico de su selección de fútbol, Carlos Alberto Parreira: proclamar que Brasil siempre es favorito para el liderazgo.

De la paz en Cercano Oriente a la no proliferación nuclear militar de Irán, pasando por los problemas de Honduras, por la alteración de la geografía económica universal y el fin del hambre a nivel mundial Brasil cosechó clamorosas derrotas o tímidos éxitos que no estaban a la altura de las expectativas creadas. Este activismo voluntarista, por ejemplo, colaboró para la repetida falta suceso de las candidaturas brasileñas a puestos internacionales³³. En tal orden de ideas, podríamos decir, por fin, que la obsesión de la diplomacia Lula-Amorim de conquistar un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU fue el punto más alto de su complejo de superioridad. Se puede preguntar qué significaría ese asiento sin un eventual poder de veto, algo que será inevitablemente negado por los Estados Unidos y las otras potencias victoriosas en la Segunda Guerra Mundial. ¿Para qué sentarse en el Consejo de Seguridad de la ONU? ¿Sólo para decir que se es miembro permanente? ¿Brasil podría verdaderamente influir en la política internacional, o por el contrario sería influenciado? Muchas veces parece ignorarse que un asiento en el Consejo de Seguridad implica asumir responsabilidades respecto de decisiones a menudo difíciles de sustentar en la práctica y que tienen un costo real que no está bien claro si el Brasil desea hacer suyo. Máxime para un país como éste que tiene serias dificultades para guardar sus costas, que no consigue defender su espacio aéreo o combatir el tráfico de armas y de estupefacientes. La presencia militar brasileña en Haití es el mejor y más polémico ejemplo de ese desfase entre ciertas veleidades de la actual política externa brasileña y los medios para sustentarla. Haití parece ingobernable y nada indica que la misión de paz de la ONU, liderada por tropas brasileñas, tenga reales posibilidades de éxito. En este punto, muchos militares y algunos políticos se preguntan por qué Brasil se lanzó a esa aventura. ¿Para afirmar su liderazgo y justificar un asiento en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas? ¿O como parte del proyecto partidario de empoderamiento de Lula? ¿Qué sobra de este proyecto en tiempos de Dilma? Digo esto porque durante un tiempo, poco después del fin de su mandato, Lula dejó trascender su disposición a ser nada menos que el nuevo Secretario General de las Naciones Unidas. ¿Hasta qué punto Itamaraty acompañará el proyecto partidario del *lulismo* y los delirios de grandeza del ex presidente? Como hace notar Celso Lafer³⁴,

“los antiguos decían que la diferencia entre el remedio y el veneno es la medida. La falta de medida es el veneno de la partidización de la política externa. Propicia, en la incesante búsqueda de prestigio, la inconsecuencia de mucha agitación para pocos resultados”.

³² Celso LAFER, *Ibidem*.

³³ Como el difunto presidente argentino Néstor Kirchner apuntó en su momento: “Si hay un lugar en la Organización Mundial de Comercio, el Brasil lo quiere; si hay un lugar en la ONU, el Brasil lo quiere; si hay un lugar en la FAO, el Brasil lo quiere. Ellos querían hasta elegir el Papa...” (Ver diario *Clarín*, 2 de mayo de 2005).

³⁴ Celso LAFER, *Ibidem*.

LA CONTINUIDAD DEL PROYECTO *LULISTA*: DILMA CANDIDATA

Cuando fue evidente que Lula no se rendiría al canto de las sirenas obsequiosas (y obsecuentes) que pretendían convencerlo de reformar casuísticamente la Constitución Nacional para habilitarlo a disputar un tercer período presidencial consecutivo, desautorizando los proyectos que a título de globos de ensayo ya habían comenzado a tener vida parlamentaria, también fue indudable que, a pesar de ello, el caudillo no consideraba cerrada (ni mucho menos) su vida política y que pensaba representarse a las elecciones presidenciales de 2014, que consagrarían un nuevo mandatario para el período 2015-2018. Tales circunstancias otorgaban al período presidencial 2011-2014 (en los cálculos del PT y de su líder, al menos) las características de un interregno entre dos mandatos de Lula, razón por la cual el candidato a sustituir al presidente debía ser suficientemente bueno como para defender exitosamente los colores de la alianza gubernamental, pero también suficientemente disciplinado, desprendido y leal como para confiarle la continuidad del proyecto *lulista* (tan caro al presidente) y al mismo tiempo tornar creíble su necesaria falta de ambiciones para una eventual reelección a fines de 2014.

¡Muchas condiciones! Tantas y tan exigentes que Lula, en un primer momento no creyó posible encontrar dentro del PT un candidato que pudiese reunirlos, pensando para eso en un candidato extra-partidario, concretamente algún cuadro de su principal socio en la base política de sustentación oficialista, el Partido del Movimiento Democrático Brasileiro (PMDB). El PMDB es el sucesor del MDB que, durante buena parte de la dictadura militar, reunió a todos los políticos de oposición al régimen (que había puesto fin al sistema de partidos anterior al golpe de Estado de 1964 y dado a luz, *manu militari*, a un sistema integrado por apenas dos partidos: uno oficialista y otro opositor). El retorno a la democracia había modificado este esquema, pero el PMDB continuaba a ser el principal partido brasileño, con el mayor número de diputados y senadores en el Congreso. A tal suceso había colaborado su carácter de *catch all party*, con una estructura interna poco rígida (se trata en realidad de una verdadera federación de corrientes), la existencia de espacio para disidencias y caudillismos diversos y la falta de principios ideológicos firmes que le permitieron ser *siempre oficialismo* (quienquiera que estuviese en el poder y aunque el partido hubiera formado parte de una coalición electoral perdedora), ya fuera porque la agrupación se había dividido, de hecho, en dos sectores (cada uno de ellos oficialista y opositor) o porque (como ocurrió en el segundo período de Lula) la tajada de poder consentida fue tan grande que sirvió para contentar a casi todos los caudillos que se incorporaron así alegremente al gobierno, a cambio de comprometer su indispensable (mas a veces voluble) apoyo en ambas Casas del Congreso. Porque (y este es el rasgo fundamental del PMDB), estamos hablando de un partido que ha hecho suyo el *fisiologismo* como práctica política regular. Esta actitud (conforme la categorización de los cientistas políticos brasileños) se traduce en una predisposición (de sus dirigentes y de sus miembros cuando llegan a la función pública) para procurar ganancias o ventajas personales en lugar de tener en cuenta el interés público. Tal vez nada defina mejor esta propensión que la ya famosa (y viciosa) adulteración del significado de la expresión de San Francisco de Asís hecha por Roberto Cardoso Alves³⁵: “es dando que se recibe”...

Si pensar en un dirigente del PMDB para sucederlo tenía sentido para Lula, porque siempre estuvo convencido que el suceso en las elecciones pasaba por una alianza electoral con dicha fuerza política, ésta no parecía el mejor vivero para encontrar la “perla rara” que estaba buscando. Por eso sus preferencias se volvieron para un “electrón libre” de ese partido, el distinguido jurista Nelson Jobim, que ya había sido Ministro de Justicia en el gobierno de Fernando Henrique Cardoso (entre 1995 y 1997), miembro y presidente del Supremo Tribunal de Justicia (de 1997 hasta 2006), habiendo

³⁵ Diputado (y luego ministro) por el PMDB de San Pablo, líder del acuerdo de partidos de centro (el *Centrão*) en la Asamblea Constituyente que promulgó la actual Constitución brasileña de 1988. *Robertão* (como era apodado este político) utilizó dichas palabras como argumento para hacer ver que “algo debían ofrecer a cambio” los partidarios de prolongar el mandato del Presidente Sarney de cuatro para cinco años.

renunciado a su alto cargo porque ya Lula había pensado en él para que compusiese su fórmula como candidato a vicepresidente en las elecciones de ese año. Como su Partido no había respaldado su nombre el proyecto no pudo ir adelante y Jobim sólo volvió a la función pública en 2007, como Ministro de Defensa, propulsado por la crisis aérea que había paralizado los aeropuertos brasileños y sumido en el caos la aeronavegación del país. Una vez más Lula pensó, pues, en Jobim y una vez más su preferencia por él no pudo concretarse, esta vez por la cerrada oposición del PT que deseaba concurrir a las elecciones presidenciales con un nombre propio encabezando la fórmula.

Fue así que, poco a poco y desde fecha tan temprana como mayo de 2007, comenzó a hablarse recurrentemente de la posible candidatura de la Ministra Jefe de la Casa Civil de la Presidencia, Dilma Rousseff. Como en muchos otros casos, la decisión de Lula no fue pronta ni terminante, prefiriendo dejar que sus colaboradores, primero, y la prensa, después, discutiesen la cuestión, mientras él aumentaba la exposición pública de Dilma, hasta ese momento una economista que era tenida por experta en materia energética y por una eficiente y reservada burócrata. No siempre fue así: a fines de los años sesenta y comienzos de los setenta Dilma integró organizaciones que defendían la lucha armada contra el régimen militar entonces imperante como el Comando de Liberación Nacional (COLINA) y la Vanguardia Armada Revolucionaria Palmares (VAR-Palmares). Pagó con su cuerpo su participación en la resistencia al régimen, siendo torturada, antes de ser condenada en primera instancia a seis años de prisión y a dieciocho de pérdida de sus derechos políticos. Después de cumplir la mitad de su pena privativa de la libertad el Superior Tribunal Militar la redujo a dos años y ocho meses, siendo luego liberada.

Dilma (que es natural del estado de Minas Gerais e hija de un abogado y empresario de origen búlgaro) rehizo su vida en Río Grande do Sul (siendo para buena parte de los brasileños una *gaúcha*, como se conoce a la gente de este estado de la Federación), donde trabajó en la Fundación Estadual de Economía y Estadística (institución que, en su momento, llegó a presidir) y participó de la fundación del Partido Democrático Laborista (PDT por su sigla en portugués), la nueva agrupación del caudillo Leonel Brizola. Fue Secretaria de Hacienda de la Municipalidad de Porto Alegre (cuando su entonces correligionario Alceu Collares se eligió alcalde) y más tarde, cuando el mismo Collares fue Gobernador del estado, Secretaria de Minas y Energía de Río Grande do Sul (durante poco más de un año, entre diciembre de 1993 y enero de 1995). Volvió al mismo cargo, entre 1999 y 2003, acompañando al Gobernador *petista* Olivio Dutra. De esta época (2001) data su afiliación al Partido de los Trabajadores.

Cuando Lula debió preparar el equipo que negoció el pasaje de poder con el gobierno de Fernando Henrique Cardoso, Dilma Rousseff se contó entre los integrantes del equipo *petista* de transición, por lo que no llamó la atención a nadie que, cuando el PMDB, a quien Lula había ofrecido la cartera de Minas y Energía en el gobierno federal, no aceptó la propuesta, (deseoso de obtener otro ministerio menos técnico y con “tranquera cerrada”³⁶), que fuese Dilma la convocada para asumir el cargo. De ella se decía que era “uno de los mejores ministros de Lula” cuando, a raíz del escándalo del *mensalão*³⁷, el presidente debió sacrificar a su mano derecha y Ministro Jefe de la Casa Civil, José Dirceu. Después de alguien de la personalidad arrolladora y mediática de Dirceu, que había privilegiado la articulación (y, por que no, la intriga) política, Lula creyó llegado el momento de recurrir a alguien como Dilma para reemplazarlo, una administradora eficiente, de “bajo perfil” político, que colocase en primer lugar la gestión y ayudase a “retejer la tela” que Dirceu y sus *mensaleiros* habían desgarrado. Y Dilma no lo decepcionó. Puede entenderse, así, por qué el presidente entendió que era la persona con las cualidades y la lealtad requeridas para tomar su relevo a partir de 2011, por cuatro años... ¡y nada más!

Es cierto que su “pupila” era una ilustre desconocida para el gran público, pero para eso estaba él, Lula, el hombre que unía, a los recursos que todo presidente en ejercicio posee, una capacidad de

³⁶ Es decir con la posibilidad de nombrar todos los directores y proveer las jefaturas de los primeros niveles del ministerio.

³⁷ El tema del *mensalão* es desarrollado en la “coda” de este trabajo.

seducción y una cuota de simpatía y de credibilidad junto al electorado de extracción popular aparentemente inagotables. Tales dotes ya habían sido puestas a prueba en los años 2005-2006, con ocasión de su reelección, cuando salió incólume del escándalo provocado por el esquema de corrupción y desvío de fondos públicos para la compra de votos de parlamentarios conocido como *mensalão*. A tal punto que su reelección nunca estuvo realmente en peligro y que periodistas y universitarios comenzaron a estudiar el denominado “efecto teflón”: era como si Lula estuviese envuelto en una película de politetrafluoretileno, aquella substancia que no deja que la comida se pegue en sartenes y cacerolas, impidiendo que cualquier escándalo o denuncia consiguiese desmerecer su imagen o siquiera salpicarlo (mientras que en torno de él naufragaban en la inmundicia algunos de los más notorios figurones del PT). Si Lula podía usar de ese capital aparentemente inagotable en momentos de turbulencias políticas, ¿qué no podría hacer cuando se deslizaba por las aún tersas aguas de su segundo mandato? Como parece haber dicho su Ministro de la Comunicación Social, Franklin Martins, en esa época “Lula, si quisiera, podría hacer presidente a un poste de alumbrado”. La frase hizo su camino, a punto tal que Dilma, ya candidata, tuvo que aclarar durante un programa televisivo de gran audiencia, el 28 de octubre de 2010, que ella “no [era] un poste”³⁸.

El recurso de que se valió Lula para dar a conocer al grueso de la población a Dilma consistió en vincularla a un faraónico “Plan de Aceleración del Crecimiento” (PAC) elaborado en el año 2008 por el gobierno brasileño para, a través de la obra pública, contrarrestar los efectos que por todo el mundo produjo la crisis financiera originada en los Estados Unidos a raíz del uso abusivo de títulos inmobiliarios *subprime* y de los derivados bancarios basados en ellos. Dilma fue bautizada por Lula como la “Madre del PAC” y con ella viajó día tras día, a lo largo y lo ancho del país, discursando y convirtiendo cada “piedra fundamental” que colocaba y cada obra que inauguraba en un *meeting* electoral retransmitido en cadena por todas las emisoras de televisión y radio del país y noticiado por la prensa audiovisual y escrita. La figura regordeta y simpática de Dilma fue haciéndose, así, crecientemente familiar para la población que la identificó, de vez en más, con su padrino político. De nada valieron las protestas de la oposición que clamaba contra lo que denunciaba como manipulación de la legislación vigente por parte del presidente, a quien se acusaba de violar los términos de una campaña electoral que aún no había comenzado (de derecho) y que por eso no podía ser contrarrestada. Así como vanas fueron las numerosas multas³⁹ que por esta causa la Justicia Electoral aplicó a la Rouseff. El Presidente Lula: las pagaba, se presentaba como una víctima ante los populares y... continuaba impertérrito por aeropuertos, plazas y obradores, del brazo de una candidata que mucho antes de serlo oficialmente besaba niñitos, abrazaba viejitas y derramaba sonrisas entre cuantos se acercaban a verla de cerca.

Finalmente, aquellas multas de las que se quejaba Lula fueron un dinero bien invertido. Dilma se impuso en el primer turno de las elecciones presidenciales del 3 de octubre de 2010 con el 46,91% de los votos válidos, contra 32,61% de José Serra y 19,33% de Marina Silva. Esta última candidata, una petista histórica (senadora por el estado amazónico de Acre y ex Ministra de Medio Ambiente) fue la gran sorpresa de la elección y quien en realidad forzó el segundo turno. Que tuvo lugar el 31 de octubre del mismo año y consagró la victoria de Dilma Rouseff y su compañero de fórmula, el presidente del PMDB Michel Temer, con el 56,05% de los votos, frente al 43,95% del socialdemócrata José Serra y su candidato a vicepresidente Antonio Indio da Costa, de los Demócratas.

³⁸ Programa disponible en: <http://www.youtube.com/watch?v=ut9PAD292IM&feature=relmfu> Se trata de la entrevista hecha en la “TV Cultura” de San Pablo, en el espacio conocido como “Roda Viva”. Última consulta realizada el 29/09/2011.

³⁹ Por propaganda anticipada, Dilma contabilizó siete multas, totalizando treinta y tres mil reales de débito con la Justicia.

LA “MANERA DILMA” DE PRESIDIR: ¿UNA INFLEXIÓN DEL *LULISMO*?

El primer problema que debió enfrentar Dilma después de su elección fue el de su falta de liderazgo que la obligó, ya desde el momento mismo de tener que conformar su gabinete ministerial, a apoyarse en su guía y mentor, el ex presidente Lula. Más de la mitad de los treinta y nueve (!) ministros de su primer ministerio eran o habían sido ministros de Lula o fueron escogidos por expresa indicación de él.

Lo que nos lleva a abordar otro problema, que no es exclusivo de Dilma, pero que presidentes con mayor personalidad y dueños de apoyos firmes dentro y fuera de su propio partido (como fueron Fernando Henrique Cardoso y Luiz Inácio Lula da Silva) pudieron enfrentar con más decisión y fortuna al llegar a la presidencia. Me refiero al llamado “presidencialismo de coalición” que impera como régimen en el Brasil y al consecuente “loteo del gobierno” entre los aliados, pues, como se verá, podemos detectar aquí buena parte de los problemas que ha debido enfrentar la presidente Dilma Rousseff en su primer año de gobierno.

Como afirma con su perspicacia habitual José Antônio Giusti Tavares, “la funcionalidad y eficacia de un sistema real de gobierno depende del rigor con el que el instituidor consigue anticipar el funcionamiento y los efectos de interacción concreta entre los diferentes elementos institucionales de que aquél resulta – el sistema formal de gobierno, el sistema electoral, el sistema partidario y, cuando fuera el caso, la federación –, así como la interacción estratégica de ese mecanismo institucional compuesto por el ambiente sociopolítico y la cultura política sobre los cuales opera”⁴⁰.

En el presidencialismo, si existe (como en el Brasil) un marcado pluripartidismo congresual, es lógico que el presidente electo busque atraer a los partidos representados en el Congreso y componer con ellos una mayoría que le dé sustentación. La preservación de esa mayoría exige (¿quién puede dudar?) alianzas provisionarias y variables de acuerdo a las exigencias y los proyectos particulares del gobierno (y de los partidos) y, consecuentemente, recomposiciones más o menos frecuentes del ministerio, lo que puede comprometer (sobre todo cuando el gobierno no posee una agenda clara, como en nuestro caso) no solo la continuidad sino también la estabilidad, la coherencia y la eficacia de las políticas gubernamentales.

Sobre todo por que el elemento insólito de la experiencia brasileña no consiste tanto en la combinación de representación proporcional, multipartidismo, federalismo y bicameralismo, sino en la asociación y combinación de todos esos elementos (que apuntan para la necesidad de una coalición amplia) con el *presidencialismo*, en particular uno del tipo que Sergio Abranches definió como *imperial*, derivando de esa asociación el fenómeno que el mismo autor ha bien descrito como *presidencialismo de coalición*, en el cual la sustentación del gobierno y la constitución del ministerio envuelven coaliciones muy grandes y (como en el caso de Dilma) superdimensionadas⁴¹.

Esta situación se ve agravada y complicada porque las coaliciones deben ser suficientemente amplias para poder incluir en ellas no solo la sustentación partidario-congresual (que comprende el número de partidos necesarios para la constitución de la mayoría en las dos Casas del Congreso), sino también la sustentación regional (por los estados y los gobernadores) del gobierno central. Así las cosas, la heterogeneidad interna de los ministerios al mismo tiempo que eleva la complejidad y el costo de las negociaciones intragubernamentales, compromete la coherencia de las políticas públicas e incrementa la inestabilidad.

De esta forma, un gobierno como el que preside Dilma Rousseff, que presume de contar con una “base aliada” de 402 diputados (un 13% mayor de aquella de que dispuso Lula en su último

⁴⁰ José Antônio GIUSTI TAVARES, *Sistemas eleitorais nas democracias contemporâneas*, Relume Dumará, Río de Janeiro, 1994, p. 363.

⁴¹ Sérgio Henrique H. de ABRANCHES, “Presidencialismo de coalizão: o dilema institucional brasileiro”: *Dados*, vol. 31, nº 1 (1988), pp. 5-33.

mandato) y de *diecisiete partidos* que cubren un amplio arco que va desde la derecha conservadora hasta el Partido Comunista del Brasil, debe preocuparse más con su capacidad de conciliar diferencias internas (entre los partidos y los grupos regionales que lo componen) que con la oposición. Por otro lado, una coalición de este tipo envuelve para cada uno de los partidos que la integran un delicado relacionamiento con sus bases, de quienes no pueden aislarse durante sus compromisos y concesiones.

En un régimen de esta naturaleza el presidente es tanto el árbitro en la negociación de las divergencias entre los partidos que componen la coalición como el centro para el que convergen esas divergencias. Su autoridad puede ser mucha, pero se ve fragilizada constantemente por la virtualidad de desintegración de la alianza que envuelve cada exigencia o reproche que pueda efectuar. Que no son pocos, porque (como se pudo comprobar en los primeros meses de gestión de Dilma), este mismo sistema no solo agudiza el apetito de los partidos sino que, a expensas del loteo del gobierno entre los aliados, favorece la conformación de “feudos” partidarios en determinadas reparticiones y empresas del Estado. Los “señores” de estos “feudos” se sienten así mucho más solidarios con las exigencias de su propio partido o de sus bases electorales que con el gobierno federal del cual forman parte. De allí también la exigencia de los partidos que integran la coalición de obtener ministerios con *caneta e orçamento* (literalmente “con pluma estilográfica y presupuesto” – voluminoso, se entiende). Es decir, con capacidad de tomar decisiones por sí solos, nombrar funcionarios y comprometer importantes sumas de dinero. Dineros estos que, como el comentado sistema de *porteira* o tranquera cerrada, son colocados normalmente al servicio de un clientelismo rampante cuando no son desviados en provecho del partido o del enriquecimiento personal del hombre de la *caneta*...

Mientras un régimen como el que estamos comentando estuvo bajo el control de un líder indiscutido como Lula, las disfunciones del mismo pudieron ser disimuladas. Cuando el líder fue sustituido por alguien como Dilma, a quien los partidos (incluido el PT) veían como más débil y menos concedora de los entresijos del poder, el peligro de comportamientos egotistas (si no decididamente irregulares) aumentó sensiblemente.

Tanto que el tema de la corrupción dominará (a falta de otros más sustantivos) la agenda de la Presidente Dilma que, como consecuencia de las derivaciones de diversos escándalos, debió admitir la renuncia de seis de sus ministros (sin contar la de un séptimo, Nelson Jobim, comprometido por críticas hechas públicas a dos colegas de gabinete).

A mediados de mayo de 2011 la prensa difundió que Antônio Palocci, Ministro Jefe de la Casa Civil de Dilma (que había sido el director de su campaña electoral y el primer Ministro de Hacienda de Lula, cargo que debió resignar a raíz de otro escándalo) había multiplicado por veinte su patrimonio en veinte años que, de tal forma, había pasado de trescientos setenta y cinco mil a siete millones quinientos mil reales. La oposición exigió que el ministro diera explicaciones en la Cámara de Diputados, pero maniobras del oficialismo impidieron su comparecencia, mientras el Ministerio Público era accionado. El blindaje ofrecido al ministro por los diputados de la base aliada provocó una ola de protestos por Internet, canalizados a través de las redes sociales, de los que se hizo eco la prensa. Finalmente, el 7 de junio Palocci renunció.

Un mes después, en julio de 2011, Dilma Rousseff ordenó la cesantía de la cúpula del Ministerio de los Transportes, después que denuncias de superfacturación en obras públicas vehiculadas por la prensa revelaran, además, la existencia de un esquema montado por miembros del Partido de la República (agrupación del Ministro Alfredo Nascimento) y por altos funcionarios de la cartera para recibir comisiones ilegales de empresas constructoras. El ministro fue el único que permaneció en su cargo, solicitando la apertura de un sumario para deslindar supuestas irregularidades envolviendo a funcionarios del ministerio. De poco le sirvió: cuando trascendieron denuncias de que su hijo había incurrido en enriquecimiento ilícito, Alfredo Nascimento entregó su renuncia (se dice que a pedido de la propia Presidente) el 6 de julio de 2011.

A comienzos de agosto de 2011 Oscar Jucá Neto (hermano del líder del gobierno en el Senado, Romero Jucá, y ex director financiero de la Compañía Nacional de Abastecimiento, cargo del que fue exonerado por autorizar un millonario pago a una empresa ficticia) denunció que la mencionada Compañía estaría atrasando el pago de catorce millones novecientos mil reales a una empresa para aumentar en veinte millones de reales el importe a ser pago. De ese total, cinco millones serían repasados ocultamente a autoridades del Ministerio de Agricultura (del cual depende la Compañía) cuyo titular era Wagner Rossi, miembro del PMDB. El ministro negó todas las acusaciones y aseguró estar “firme como una roca” en su cargo, gozando de la confianza de la Presidente. El diferente trato que parecían recibir los afiliados del PMDB respecto de los del Partido de la República, incomodó a esta agrupación, que decidió, sobre la marcha, salir del gobierno de coalición, aunque sin pasar a la oposición. Rossi, entretanto, no pudo resistir una nueva denuncia que lo hacía responsable de haber utilizado para sus desplazamientos un avión a reacción privado facilitado por una empresa que había ganado una licitación del Ministerio de Agricultura para el suministro de vacunas contra la fiebre aftosa, y el 17 de agosto presentó su renuncia.

En tres meses Dilma había aceptado la renuncia de tres ministros y facilitado el procesamiento de numerosos funcionarios sospechosos de malversar caudales públicos o simplemente de valerse de su cargo para calaveradas incompatibles con él. La prensa comenzó a hablar de *faxina*. Esta voz portuguesa alude a la “limpieza”, en particular a la doméstica. Un sobresalto ético pareció ganar todos los estratos de la sociedad brasileña, que en pocos días transformó en aprobación calurosa la reserva benevolente que hasta ese momento revelaban las encuestas de opinión respecto de la presidente. Hasta un frente multipartidario contra la corrupción (que reunía senadores oficialistas y de la oposición) llegó a esbozarse. Fue entonces que todos los partidos de la “base aliada” hicieron sonar la sirena de alarma, comunicándole a Dilma que no estaban dispuestos a que se profundizara en las denuncias. Los diputados oficialistas (incluidos los del PT) llegaron a abandonar la Sala de Sesiones negándose a tratar proyectos de vital importancia para el gobierno hasta que la presidente no diera marcha atrás en su ímpetu moralizador. Paradójicamente aquel que hubiera podido convertirse en su timbre de honor, en el diferencial ético de su gestión, bloqueó al gobierno y murió en agraz.

Inmediatamente y en todos los discursos que por una razón u otra fue llamada a pronunciar y en declaraciones a la prensa, la presidente se desmarcó del súbito arrebató moralizador y desautorizó el término *faxina* cuyo uso “impropio” atribuyó a los periodistas. En su opinión “no había nada a limpiar” sistemáticamente aunque, si “por acaso” se presentase alguna irregularidad, el pueblo debía estar seguro que ella la reprimiría. No habría, empero (porque a su juicio “no era necesaria”), ninguna campaña anticorrupción. Dos gestos de Dilma indicaron que no se producirían cambios trascendentes en el manejo de los negocios públicos. Por un lado, la renuncia de Wagner Rossi fue aceptada atendiendo a su carácter irrevocable y a las razones “familiares” por él alegadas, no sin antes agradecerle los “importantes y patrióticos servicios prestados”. En segundo lugar, fueron liberados mil millones de reales imputables a enmiendas presupuestarias presentadas por los diputados⁴².

Nótese que por detrás de este cambio dramático de actitud estaba el propio Partido de los Trabajadores. Y no era inocente este interés. Cuando un político llega por primera vez al gobierno en el Brasil renueva la primera línea de responsables en los ministerios, secretarías y empresas estatales. Si se reelige, ocupa el segundo escalón de la función pública. Cuando hace elegir después a su sucesor

⁴² Esta “liberación de fondos para enmiendas parlamentarias” es la moneda de cambio habitual entre el Poder Ejecutivo y los legisladores. Todos los años al aprobarse el Presupuesto Nacional se contemplan en él multimillonarias sumas de dinero destinadas a enmiendas propuestas por diversos diputados al proyecto de presupuesto elaborado por el Ejecutivo., enmiendas que fundamentalmente contemplan obras y reivindicaciones de las ciudades y regiones que constituyen la base electoral de esos legisladores. Sin embargo su aprobación por el Congreso no garantiza su ejecución, pues para ello el Gobierno Central deberá liberar los fondos respectivos. Cosa que solo se logrará con la intervención del Ministro de Relaciones Institucionales, guardián de la “reciprocidad en las prestaciones” que gobierna las relaciones aludidas.

(como en el caso de Lula) el nuevo gobierno “trabaja con niveles más finos de la Administración”⁴³. Como consecuencia, cuando la “limpieza” es hecha por alguien que está hace apenas unos meses al frente del gobierno, lógicamente solo puede abocarse a la “suciedad” que habría dejado su antecesor. Y eso era algo que el PT no podía tolerar. No es la primera vez que el PT se enfrenta con un presidente proveniente de sus filas, pero evidentemente Dilma no es Lula... Además (como lo había expresado José Dirceu poco después del triunfo electoral) la llegada de Dilma había hecho nacer en los sectores más a izquierda del Partido la esperanza de que éste adquiriría una centralidad que muchas veces Lula había ignorado. Parecía llegado el momento de recordarle a la “compañera Dilma” que, aunque era una creación de Lula, el Partido había hecho suyas (sin otra excepción que ciertos reparos iniciales de Tarso Genro, el hoy gobernador de Río Grande do Sul) las preferencias del Líder, poniendo al servicio de la campaña electoral todo el peso de su organización.

La realidad es terca, sin embargo. A pesar de los deseos del PT y de las reticencias de la Presidente, ésta debió exonerar en los meses siguientes tres ministros más, complicados en exacciones diversas. El primero de ellos fue otro ministro del PMDB, a la sazón el de Turismo, Pedro Novais. Más de treinta personas ligadas directa o indirectamente a su ministerio (entre ellas el Secretario Ejecutivo de la cartera, el ex presidente del Instituto Brasileño de Turismo y el Secretario de Desenvolvimento de Programas de Turismo) habían sido presas por la Policía Federal acusadas de haber desviado cuatro millones cuatrocientos mil reales, pero como los hechos eran anteriores a la entrada en funciones de Novais, Dilma decidió confirmarlo en su cargo. Es cierto que Novais había pagado el 28 de junio de 2010 un motel con dinero público, pero dado que el hecho había sido también anterior a su nombramiento como ministro y la suma había sido devuelta a los cofres públicos seis meses después, la Presidente prefirió ignorar la indelicadeza. No fue posible guardar a Novais, sin embargo, cuando se hizo público que no solo había pagado una empleada doméstica con dinero de la Cámara de Diputados en el período que fue diputado federal (entre 2003 y 2010), haciéndola pasar por secretaria de su gabinete, sino que además la esposa del ministro usaba un servidor de la Cámara como chófer particular.

Le tocó el turno, después, al Ministro de Deportes, Orlando Silva (propuesto por el Partido Comunista del Brasil) principal figura del gobierno brasileño en los preparativos para el Campeonato Mundial de Fútbol de 2014 y las Olimpiadas de 2016, que debió renunciar el 26 de octubre de 2011 a su cargo en medio de denuncias de corrupción. Una conocida revista había publicado, días antes, declaraciones de un agente policial y ex correligionario del ministro, que acusó a Silva de encabezar un esquema de cobro de sobornos a cambio de contratos para desarrollar programas deportivos en comunidades carentes. El denunciante parecía saber de que hablaba, pues había estado preso en 2010 cuando la policía lanzó una operación contra organizaciones que recibían fondos públicos sin desarrollar los programas para los cuales fueran contratados. Conminado por la Justicia a devolver el dinero mal habido y abandonado (al parecer) por Silva y otros articuladores del esquema, el hasta allí disciplinado militante se tornó locuaz...

Apenas dos semanas más tarde, será el Ministro de Trabajo, Carlos Lupi, (del Partido Democrático Laborista) quien deberá renunciar en medio de acusaciones de favorecer la malversación de caudales públicos en su ministerio y de cometer otras indelicadezas incompatibles con su cargo. La presión sobre Lupi se tornó insostenible cuando la Comisión de Ética Pública de la Presidencia de la Nación recomendó, de manera unánime, despedirlo por mala administración. La investigación del comité, junto con una indagación paralela del Congreso, promovida por la oposición, ocurrió después que el periodismo reportase en noviembre que Lupi habría pedido sobornos a organizaciones de caridad y otras entidades no gubernamentales como condición para recibir financiamiento del ministerio. El tiro de gracia (para un ministro que había afirmado que "sólo una bala" podría removerlo de sus funciones)

⁴³ Fernando Luiz ABRÚCIO, Maria Rita LOUREIRO y Carlos Alberto ROSA, “Radiografia da alta burocracia federal brasileira: o caso do Ministério da Fazenda”: *Revista do Serviço Público*, vol. 49, nº 4 (1998), pp. 49-82.

lo disparó un importante vehículo de la prensa escrita, cuando informó que Lupi habría recibido salarios como empleado “fantasma” (o apenas nominal) del Congreso Federal durante los seis años en que simultáneamente percibía un abultado sueldo como supuesto asesor de la legislatura del estado de Río de Janeiro. De nada le valieron entonces sus declaraciones de amor a la Presidente⁴⁴.

CONCLUSIONES PROVISORIAS

Cuando estas líneas fueron escritas acababa de cumplirse un año del Gobierno de Dilma y nueve de la primera elección presidencial de Lula da Silva. Tiempo suficiente para evaluar la herencia del caudillo, pero muy corto para percibir si la Rousseff va a dar una impronta personal y duradera a su gestión.

Por de pronto, si hay una “manera Dilma de gobernar”, la Presidente parece hesitar entre dar continuidad al *lulismo* o innovar, sin que esto último signifique necesariamente valorizar los pareceres del Partido de los Trabajadores.

Es cierto que Dilma parece más dura y circunspecta que Lula en el trato a los aliados. No se espere de ella que repentice como ministril del Nordeste o que salga dando *tapinha na barriga*⁴⁵ o abrazo de compadre (o de comadre) por ahí como su mentor Lula. También, parece mucho más mesurada con los adversarios. Esto puede parecer estratégico cuando se trata, por ejemplo, de Geraldo Alkmin, el gobernador socialdemócrata de San Pablo, porque un presidente del Brasil no puede ignorar al primer mandatario del primer estado de la Federación y hay muchos temas que solo pueden ser abordados si hay un mínimo terreno de encuentro. Lo propio cabe decir de Aécio Neves, otro prohombre de la oposición, hoy senador (después de haber completado dos mandatos al frente de su estado, Minas Gerais, donde estableció alianzas con el PT local), político de trascendencia innegable para futuros entendimientos. Sin embargo, tanto José Serra como Fernando Henrique Cardoso, que no ocupan cargo electivo alguno y continúan siendo la reserva “ideológica” del PSDB, se vieron dispensar un trato civilizado y hasta cordial en diversas ceremonias, particularmente Fernando Henrique que había sido víctima hasta ahora del plebeyismo agresivo de Lula.

En el plano internacional hubo algunas tímidas señales de mesura y distanciamiento de “amistades incómodas” como las de Hugo Chávez y Mahmoud Ahmadinejad. El voto brasileño favorable a una moción estadounidense en el Consejo de Derechos Humanos de la ONU en el sentido de designar un investigador independiente para Irán (el primero en una década) podría indicar una inflexión positiva. También habría que contabilizar en esa línea el hecho de que Brasil se uniera a México y otros países moderados de la región para impedir que Hugo Chávez y sus aliados “bolivarianistas”⁴⁶ convirtieran la recién creada CELAC en una OEA sin Estados Unidos y Canadá. Sin embargo, la demora incurrida en su momento para reconocer al Consejo Nacional de Transición como legítimo gobierno de Libia y el inmovilismo oportunista respecto de Gaddafi, primero, y de la crisis siria, después, parecen indicar que la política externa brasileña aún permanece rehén de ciertas opciones ideológicas periclitadas.

Resta el “estilo Dilma” en la gestión de gobierno. Indudablemente es menos intuitivo que el de Lula (pues su unguía carece, a pesar de serlo, de sus dotes de improvisación). La nueva presidente ha impuesto (si creemos a sus subordinados directos) prácticas gerenciales desconocidas para los ministros que lo habían sido antes, durante la gestión de Lula. Dilma trabaja en el detalle, no se conforma, como

⁴⁴ “¡Dilma, te amo!” fue su patética afirmación en el Congreso federal, cuando trató de justificarse, pocos días antes de su anunciada caída.

⁴⁵ Palmadita en el abdomen.

⁴⁶ Así como la academia entendió más correcto identificar a los partidarios de un Islam radical y guerrero como “islamistas” y no como “islámicos”, pienso que deberíamos reservar el término de “bolivariano” para lo perteneciente o relativo a Simón Bolívar e identificar a Hugo Chávez y sus secuaces como “bolivarianistas”.

su predecesor, con un relato verbal de los asuntos. Exige informes exhaustivos por escrito, estudia los expedientes y pasa a veces horas con sus colaboradores discutiendo los asuntos, sobre todo si se refieren a algunas de las áreas que ella domina.

¿Es esto suficiente para pensar que Dilma toma distancias de Lula o que su gestión no sea apenas un avatar del *lulismo*? Creo que sería apresurado emitir una opinión en tal sentido. Sobre todo porque Lula ha permanecido hasta ahora voluntariamente eclipsado, adoptando una actitud de reserva que pienso que va a durar poco. El año 2012 es un año electoral en el que se renuevan las administraciones municipales y en el que los comicios son un verdadero *test* para el gobierno y la oposición. Lula ha prometido volver, subir (si las secuelas del tratamiento de su cáncer de laringe no se lo impiden) a todas las tribunas importantes y asistir a los mitines de “sus” candidatos. Como dicen los franceses, *reprendra du poil de la bête*?⁴⁷

CODA 2012/2013

Como saben los músicos, la “coda” es la parte que constituye el final de una composición, siendo frecuentemente la repetición de uno de los motivos más salientes de ella. Aunque mi trabajo carece de música (mas espero que no de ritmo) pienso que es oportuno llamar así a la actualización que recoge su argumento principal a la luz de los sucesos que sacudieron al Brasil durante la segunda mitad de 2012 y los primeros meses de 2013. Tres hechos políticos de la mayor importancia ocurrieron allí durante ese lapso: las elecciones municipales (que abarcaron todo el país), la celebración ante el más alto tribunal de la Nación del juicio oral y público del *mensalão*, y la (aparente) renuncia de Lula a presentarse como candidato a la presidencia en 2014. Adelanto mi opinión en el sentido de que, en principio, ninguna de las tres invalidan lo dicho precedentemente y que, todas, se influenciaron íntimamente.

Empezaré por las elecciones municipales, que implicaron el cambio o renovación de mandatos tanto de los titulares del Poder Ejecutivo (*prefeitos*) como del Legislativo (*vereadores*) de 5.568 comunas de todo el país. Aún teniendo en cuenta las particularidades propias de toda elección municipal (como la innegable presencia e importancia en los debates de temas y de caudillos locales), la elección (sobre todo en las capitales de los veintiséis estados y en los principales centros urbanos) se “nacionalizó” y opuso oficialismo y oposición que, más allá de ciertas cuestiones específicas de cada lugar, asumieron la consulta electoral como una suerte de “primaria” para 2014 y de plebiscito acerca de la gestión de la presidenta Dilma y sus aliados. Estos, sin embargo, en muchos casos no ofrecieron un frente unido. Según los estados (y aún las comunas) los principales partidos que integran la “base aliada” junto al Partido de los Trabajadores (PT), es decir: el Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB), el Partido Socialista Brasileño (PSB), el Partido Democrático Laborista (PDT), el Partido Laborista Brasileño (PTB), el Partido Comunista del Brasil (PC do B) y el Partido Progresista⁴⁸ (PP) presentaron candidatos propios y hasta formaron alianzas de geometría variable que se opusieron al PT o a otros aliados. Aunque esto suele ser de rigor en partidos de escasa disciplina partidaria, que son el resultado de la convergencia de diferentes líneas o que conviven con las ambiciones de caudillos insumisos, no dejó de ser novedosa la independencia de dos fieles “escuderos” del PT, a saber: el Partido Comunista y el Partido Socialista. Por tras de esta estrategia reposaba el proyecto personal de Eduardo Campos, el actual y joven gobernador del estado de Pernambuco, presidente del PSB y nieto de su fundador, el mítico Miguel Arraes. Campos tiene proyectos presidenciales para 2014, que el PT

⁴⁷ Según una creencia popular gala, el pelaje de un animal que nos mordió, aplicado sobre la herida, tendría la virtud de curarla. La expresión significa, en un sentido figurado, volver a ser dueño de sí, retomar energía y coraje.

⁴⁸ Que, a despecho de su nombre, reúne los grupos más conservadores que otrora constituyeran el apoyo civil a la dictadura militar de los años 1964-1985.

pretende postergar *sine die*. Resultaba por eso fundamental para él que sus candidatos obtuviesen buenos resultados frente al partido de la presidenta Dilma y del ex presidente Lula.

Por su parte, la oposición, aunque más enjuta que el oficialismo y su base variopinta (que, como dije más arriba, reúne de conservadores a comunistas), tampoco apareció monolítica. A falta de profundas discrepancias ideológicas internas, los dos principales socios de la coalición opositora, los socialdemócratas del PSDB y los liberales reunidos en la agrupación Demócratas⁴⁹ (DEM) se presentaron atravesados por profundas disensiones internas alentadas por fuertes personalidades que ya tenían sus miradas fijadas en las elecciones nacionales de 2014.

En el PSDB, aunque “la sangre no llegó al río”, se notaron claras discrepancias entre las tácticas de José Serra (ex gobernador de San Pablo, ex alcalde de su ciudad capital, candidato derrotado dos veces a la presidencia de la República) que jugaba su suerte para una tercera nominación presidencial presentándose nuevamente como candidato a la jefatura del municipio de San Pablo, y Aécio Neves (nieto de otra figura legendaria de la política brasileña, Tancredo Neves⁵⁰), ex gobernador de Minas Gerais por dos períodos consecutivos, ex presidente de la Cámara de Diputados (de la que formó parte por cuatro períodos seguidos) y hoy senador, jefe de un ala del partido que ha anudado exitosas alianzas con el PSB y hasta con el PT de su estado, para asegurar su propio triunfo y el de sus candidatos en Minas Gerais, obteniendo así una amplia base de sustentación local.

Por su parte los Demócratas, que había sufrido la pérdida de su único gobernador (de Brasilia) a raíz del juicio político que lo condenó por probados actos de corrupción activa y pasiva, se fracturaron. En efecto, el alcalde de San Pablo, Gilberto Kassab formó el Partido Social Demócrata (PSD), que no es socialdemócrata⁵¹ sino “conservador-oportunista”, y se llevó consigo a más de la mitad de los electos y afiliados de los Demócratas con la intención de sumarse a la base electoral de la Presidenta Dilma⁵². Proyecto que postergó apenas en San Pablo, para apoyar a su mentor José Serra (de la mano de quien había llegado a la alcaldía a raíz de haber completado su ticket en 2004⁵³), pero que siguió adelante, en otras jurisdicciones en esas mismas elecciones, y a nivel nacional después de ellas.

Finalmente, desprovista de todo poder de seducción, “cristiana nueva” en el PT (y por eso imposibilitada de transferir inexistentes apoyos locales propios), pero sobre todo incómoda cuando le toca ocuparse de la “política menuda” (negociar, regatear, contentar caudillos, tejer alianzas con gente a veces repelente o eliminar ambiciosos que puedan hacer sombra), Dilma prefirió delegar en Lula la función de articulador político del oficialismo y el padrino de sus candidatos importantes. Un Lula menos piloso y más ronco (secuelas de su exitosa lucha contra el cáncer) volvió entonces a las trastiendas partidarias y a los palcos electorales. No recorrió todo el país, como había prometido, pero se concentró en ciertos comicios que tenían, para él, un inmenso valor ejemplar. No tanto por la valía de sus “pupilos”, sino por la representatividad de quienes se oponían a ellos o el significado que podía tener su eventual triunfo. Esos contrincantes eran, a mayor abundamiento, desafectos de antigua data del ex presidente: el citado José Serra, en primer lugar, en la ciudad de San Pablo; Antonio Carlos Magalhães (nieto del viejo caudillo bahiano del mismo nombre, prócer de la derecha brasileña), candidato por los Demócratas en la ciudad de Salvador (en un estado, Bahía, recientemente

⁴⁹ La agrupación “Demócratas” (antes “Partido del Frente Liberal” o PFL) es el único partido político del Brasil que no incluyó la palabra “partido” en su nombre oficial, haciendo uso de una facultad concedida a las agrupaciones políticas por una modificación relativamente reciente de la legislación en la materia.

⁵⁰ Tancredo Neves, fue un personaje fundamental de la redemocratización del Brasil, gobernador del estado de Minas Gerais, que llegó a ser elegido presidente del país, habiendo muerto antes de asumir el cargo.

⁵¹ Como tampoco lo había sido la agrupación que antes llevó ese nombre, fundada por el controvertido Getulio Vargas.

⁵² Muchos de los liberales que fueron gobierno durante el período militar y que luego se sumaron a la alianza que llevó a la presidencia a Fernando Henrique Cardoso, han vivido muy mal su condición de oposición y la falta de cargos durante más de ocho años.

⁵³ Serra renunció a la alcaldía para presentarse a las elecciones de gobernador (que también ganó en 2006). En 2008 Kassab fue electo por cuatro años más en las nuevas elecciones municipales.

conquistado por el PT); Arthur Virgilio (senador “tucano”⁵⁴, que había sido jefe de la bancada del PSDB en el Congreso) y que se presentaba en Manaus, la capital del estado de Amazonas; Mario Lacerda (del PSB, pero que era apoyado por una alianza integrada también por todos los partidos opositores, punta de lanza de la estrategia de Aécio Neves), candidato a la alcaldía de Belo Horizonte, la capital del estado de Minas Gerais; y Geraldo de Mello Filho, también del PSB, que disputaba de igual para igual al candidato del PT la alcaldía de Recife, a pesar de ser casi un desconocido que había sacado de la manga el gobernador Eduardo Campos, dispuesto a demostrar que él tenía suficiente predicamento para enfrentar victoriosamente (por sí o por interpósita persona) al PT y a la oposición, al menos en su reducto electoral de Pernambuco.

El 7 de octubre de 2012 se llevó a cabo la primera vuelta de los comicios y el día 28 del mismo mes hubo *ballotage* en las ciudades con más de 200.000 electores en las cuales el ganador del primer turno no hubiese obtenido más de la mitad de los votos válidos. Y debo decir que, *prima facie*, la estrategia de Lula no parecería ganadora: Lacerda se consagró ganador en Belo Horizonte desde la primera vuelta, y Virgilio, Magalhães y Mello Neto se impusieron con amplia ventaja en sus respectivos *ballotages*. El PSB, fue el partido que más creció desde la última elección municipal y el que más capitales ganó (cinco) dando un espaldarazo innegable a la política independiente de Eduardo Campos. El PT solo fue tercero en el número de alcaldías conquistadas (632), detrás del PMDB (1.022) y el PSDB (701), con cuatro capitales (igual que el PSDB), solo que de estados inexpresivos... salvo uno: nada menos que San Pablo, la “cereza del pastel”, que dirían los españoles.

Fue esta victoria en San Pablo la que dio el tono en la interpretación que la prensa y los especialistas hicieron de las elecciones y del papel de Lula en ellas. En primer lugar por la importancia de la ciudad: la mayor del país en términos demográficos, económicos, urbanísticos y culturales y por la visibilidad política que tiene su alcalde. En segundo término, porque fue obtenida en el corazón mismo de un estado gobernado por el PSDB desde el retorno a la democracia, y porque implicó la derrota de uno de los más acerbos críticos del PT y de Lula, el ácido José Serra, poniendo fin (por un buen tiempo, por lo menos) a su futuro político. Finalmente, porque quien se impuso a Serra, como en las presidenciales de 2010, fue “un poste de alumbrado”, un candidato inventado por Lula. Me refiero a Fernando Haddad.

Haddad es un abogado (con maestría en Economía y doctorado en Filosofía), profesor de Ciencia Política de la Universidad de San Pablo, con un irrelevante curriculum político hasta llegar a ser titular del Ministerio de Educación en 2005, menos por sus dotes de administrador o educador que por ser el secretario de esa cartera que había dejado vacante Tarso Genro (uno de los pesos pesados del PT) que se hizo cargo entonces del Ministerio de Justicia y que quería asegurar la continuidad de su política después de su partida. Su triunfo en las elecciones municipales de San Pablo no fue sin esfuerzo, pues fue tercero en los sondeos de opinión durante toda la campaña y solo entró a la segunda vuelta *in extremis*. Entonces el panorama cambió. Serra (que había llegado primero), arrastraba un muy alto porcentaje de rechazo (el más elevado de todos los candidatos) y carecía de partidos con votación significativa que pudieran apoyarlo, por lo que prácticamente no tenía condiciones de aumentar su caudal de sufragios. Haddad, por el contrario, sabiamente apadrinado por Lula, encontró apoyos hasta en el caudillo hasta ayer archienemigo (y corrupto convicto) Paulo Maluf, pasando por quien había llegado tercero, Celso Russomano, un reportero radial candidato de los evangélicos del Partido de la

⁵⁴ El término “tucano” (tucán, en español) identifica a un ave típicamente brasileña y fue utilizado peyorativamente para identificar a los miembros y partidarios del PSDB, un partido de intelectuales en su origen, porque como el ave en cuestión tendrían buen “pico” (hablaban correctamente pero de más), mucho “pecho” (“peito” en portugués, que también quiere decir “osadía” o “atrevimiento”), pero muy poca “cola” (seguidores, en estas circunstancias). Como en otros casos (piénsese en la voz “radical”), el apelativo que fue acuñado para criticar o ridiculizar a sus destinatarios, fue asumido orgullosamente por éstos.

República (PR), y del cuarto clasificado, el profesor Gabriel Chalita del PMDB. Lula volvió a consagrarse, así y a pesar de todo, como un hábil *faiseur de rois*⁵⁵.

Contemporáneamente con las elecciones municipales (aunque extendiéndose hasta fines del año 2012) el segundo hecho político mayor del período en estudio fue el juicio oral y público por el Supremo Tribunal Federal brasileño de la Acción Penal 470, más conocida como el “Juicio del *Mensalão*”⁵⁶.

He hecho referencia antes, en este trabajo al *mensalão* (en particular cuando aludí a esa característica del *lulismo* que consiste en su forma crapulosa de gobernar, especialmente a su propensión a la corrupción). Podemos decir ahora que este proyecto criminal identifica la mayor crisis política sufrida por el gobierno de Luiz Inácio Lula da Silva y que salpicó el de su sucesora Dilma Rouseff.

Aún cuando los hechos remontan a los años 2005 y 2006, la compleja acción delictiva que involucraba cuarenta acusados⁵⁷ (de los que sobraron treinta y ocho, después de la muerte de dos de ellos) tramitó ante la más alta corte del Brasil (dado el fuero privilegiado que detentaba buena parte de los acusados) y comenzó a ser sentenciada en audiencia pública transmitida en vivo por la televisión el 2 de agosto de 2012. En su acusación inicial el ex Procurador General de la República Antonio Fernando de Souza había clasificado el *mensalão* como la acción de una “sofisticada cuadrilla” destinada a comprar el apoyo de partidos para el proyecto político del PT y del ex Presidente Lula. Opinión compartida por el actual Procurador General, Roberto Gurgel, que, en su alegato final, lo identificó como “el más atrevido y escandaloso esquema de corrupción y de desvío de dinero público descubierto en el Brasil”.

No es nuestra intención extendernos en la complejidad de los hechos incriminados, en la peligrosidad de los acusados o en los meandros procesales. Como dicho, hemos analizado antes de ahora lo que más nos interesaba: su significación política. Baste decir en este momento que la sentencia acabó condenando veinticinco acusados, salvándose siete otros por haber sido hallados culpables por solo cinco de los ministros del Tribunal, en un momento en que éste estaba constituido por apenas diez (ya que uno de ellos, César Peluso, se jubiló de oficio durante el proceso). El presidente del Cuerpo (Carlos Ayres Britto), decidió entonces que no usaría de su derecho a desempatar, y en tal situación se juzgó que la “duda” resultante en cuanto a su culpabilidad debía favorecer a los reos. Quedó probada la existencia de una “asociación ilícita” pergeñada y comandada por el entonces ministro jefe de la Casa Civil José Dirceu, con la colaboración del presidente del PT José Genoíno y del tesorero del mismo partido Delúbio Soares. Igualmente se comprobó la malversación de caudales públicos (setenta y tres

⁵⁵ *Faiseur de rois* es una expresión que se aplicó originalmente a las actividades de Richard Neville, primer conde de Warwick, durante la Guerra de las Dos Rosas en Inglaterra. Se atribuye hoy generalmente a una persona o un grupo que ejerce una gran influencia en una sucesión política en la que no puede concurrir válidamente.

⁵⁶ El neologismo *mensalão*, popularizado hacia el año 2006 por el entonces diputado federal Roberto Jefferson en una entrevista que dio resonancia nacional al escándalo, es una variante de la palabra “*mensalidade*” (mensualidad) usada para referirse a una “*mesada*” (cuantía que se da o paga todos los meses, especialmente aquella que entregan los padres periódicamente a los hijos para que administren sus gastos) y que aquí era paga a los diputados de varios partidos para que votasen a favor de proyectos de interés del Poder Ejecutivo. Aunque el término fuera conocido por otras razones, según el diputado, ya era común en los bastidores de la política entre los parlamentarios para designar esa práctica ilegal. Como es de pública notoriedad, Jefferson, que había sido sorprendido “con las manos en la masa” a raíz de un hecho menor que comprometía a su partido (PTB) en la percepción de coimas, para no caer solo acusó al entonces ministro de la Casa Civil José Dirceu de ser el mentor del esquema. La palabra “*mensalão*” fue entonces adoptada por los medios de comunicación de masa para referirse al caso. La primera vez que fue escrita en un vehículo de gran tirada nacional ocurrió en el diario *Folha de São Paulo*, en un artículo del día 6 de junio de 2005. La palabra en portugués fue utilizada también por los media internacionales acompañada siempre de una traducción aproximativa. En español ya fue traducida como “mensalón” y en inglés como “*big monthly allowance*” (gran pago mensual) y “*vote-buying*” (compra de votos). Yo he preferido dejarla en su lengua de origen.

⁵⁷ Que la picaresca popular identifico prontamente como los “cuarenta ladrones de Alí Babá”.

millones ochocientos mil reales) que irrigaron el sistema de compra de votos y la existencia de tres grupos operativos: uno político integrado por los cabecillas corruptores y más de una decena de diputados corrompidos, entre los cuales el entonces presidente de la Cámara de Diputados, el petista Juan Pablo Cunha, culpado además de peculado; de un grupo publicitario, encabezado por Marcos Valerio y sus socios que participaba del peculado, canalizaba los fondos y disimulaba los pagos efectuados a los corrompidos con dinero presuntamente recibido a título de retribución por propaganda electoral ficticia, facilitando el lavado del dinero; y, finalmente, un grupo bancario que proporcionaba la “ventanilla” efectiva para los pagos, por cuyas sucursales circulaba el dinero mal habido y que colaboraba en la operación de blanqueo del mismo, borrando las pistas y posibilitando la evasión de divisas.

Las sanciones, por su parte, fueron pesadas aunque cuidadosamente graduadas con apego a las personalidades de los condenados, su participación en los hechos, el número de delitos cometidos y su peligrosidad, implicando, para casi todos los condenados, penas de prisión a ser cumplidas efectivamente en institutos carcelarios e importantes indemnizaciones a ser pagas a los cofres públicos. Se decidió que los diputados que aún continuaban siéndolo perderían automáticamente su mandato y, como los otros que lo habían sido y demás funcionarios públicos, fueron inhabilitados para volverlo a ser por largos períodos.

Resultó evidente, así, que pretextar (como seguían haciéndolo Lula, Dirceu y otros jefes petistas) que el *mensalão* no había existido y que todo se reducía a una patraña urdida por enemigos políticos con la complicidad de los media, era cuando menos un insulto a la inteligencia de los ciudadanos. Más aún, que la pretensa ignorancia de estos hechos por parte de Lula sonaba cada vez menos creíble. Mucha gente comenzó a preguntarse cómo podía el presidente de la República ignorar lo que hacía su por entonces brazo derecho en el escritorio de al lado del suyo en el Palacio Presidencial del Planalto. Sobre todo después que Marcos Valerio (condenado a más de cuarenta años de prisión) inculpó al ex presidente y ofreció contar toda la verdad, a cambio de una disminución de su pena; y que el Ministerio Público del estado de San Pablo (ya que el ex presidente, como ha dejado de serlo, no posee más fuero privilegiado) se decidiese a investigarlo⁵⁸. Si el *mensalão* fue el argumento más importante que la oposición utilizó contra el PT y sus candidatos en las elecciones municipales de 2012, y a ese título perjudicó al Partido de los Trabajadores en estos comicios, también está por tras del tercer hecho político mayor que se dio, en este caso, a comienzos de 2013 cuando Lula anunció que su “candidata para las elecciones de 2014” era la actual presidenta Dilma Rousseff. Fue la primera vez que Lula se expresaba en estos términos y que excluía claramente la posibilidad de presentarse como candidato. Y si el ex presidente se decidió a ello, es evidente para mí que lo hizo porque sabe bien que como candidato estaría expuesto a todos los escándalos que hubiera podido protagonizar o consentir, y que la Justicia no dejaría de perseguirlo, entonces y en primerísimo lugar, por su eventual participación en el *mensalão*.

Pero no exclusivamente. El año 2012 no iba terminar sin que Dilma tuviera que enfrentarse a un nuevo escándalo de campanillas. La Policía Federal, llevando adelante una operación denominada “Porto Seguro”, descubrió un esquema de venta de influencia y de dictámenes capitaneado por miembros del más alto nivel de agencias reguladoras de servicios públicos, por el número dos de la Abogacía General de la Unión y por la titular de un misterioso escritorio de representación de la Presidencia de la República en San Pablo, puesto creado en tiempos de Lula (y conservado por la Rousseff) para una dama de nombre Rosemary Noronha .que, como los otros imputados, perdió su cargo (que inmediatamente después fue suprimido por la actual presidenta) pero que, a diferencia de ellos, no fue detenida, blindándose incluso sus comunicaciones telefónicas que continuaron siendo

⁵⁸ Como informó la prensa brasileña el 2 de febrero de 2013.

sigilosas para la policía⁵⁹. Lo que ocurría es que los hechos que comenzaron a hacerse evidentes podían no sólo dañar la imagen de Lula sino también tornarlo penalmente responsable. En efecto, a medida que la policía reunía pruebas del actuar criminal de la cuadrilla, surgió la evidencia de que el ex presidente mantenía una *liaison* con la señora Noronha, cuando aún ocupaba su cargo. Si esto no era nada que pudiera interesar a terceros otros que doña Marisa Leticia, la sufrida esposa de Lula, no pasaba lo mismo con el hecho de que para tornar más fáciles estas relaciones el entonces primer mandatario hubiera creado un cargo federal en San Pablo, designara a Rosemary Noronha en ese puesto y la remunerase con largueza usando fondos públicos. Para peor, no acababan por ahí, las “irregularidades”, pues con el mismo designio de favorecer los encuentros entre ambos, Lula había incluido a su amiga en las comitivas que lo acompañaron en decenas de viajes internacionales, haciendo que se le otorgase pasaporte diplomático y habilitándola a recibir las pagas extras que los funcionarios perciben cuando están cumpliendo sus funciones de representación en el exterior. Finalmente, y para disimular lo expuesto, Lula habría exigido que el nombre de esta persona fuese suprimido de las listas de pasajeros embarcados en el avión presidencial.

Hasta aquí los hechos que periodistas inquietos han podido descubrir⁶⁰ y que las autoridades han tratado de ocultar tan bien que mal, pero que sin duda serían traídos a luz si Lula se convirtiese en candidato a la Presidencia de la República en 2014. Razón de más para hallar a la actual presidenta “la mejor candidata” para sucederse a sí misma, y no menear más la cuestión. A su turno, Dilma ha comenzado a actuar como tal, asegurando al vicepresidente Michel Temer que cuenta con su partido (el PMDB) para integrar la fórmula de su reelección. Circunstancia que hace pensar si su principal oponente saldrá efectivamente de las filas de la oposición (donde milita Aécio Neves) o de entre los (aún) aliados como Eduardo Campos. Por el momento, la elección de los nuevos presidentes de ambas Casas del Congreso (Senadores y Diputados) han dado lugar a escaramuzas que enfrentaron la oposición, que hizo suyos los candidatos del PSB, y el resto de los oficialistas, que apoyaron los propuestos por el PMDB (tan difíciles de sostener como el senador Renán Calheiros, denunciado ante el Supremo Tribunal Federal por peculado, falsedad ideológica y uso de documento falso o el diputado Henrique Alves, que desde 1971 trata de librarse de una acción judicial por enriquecimiento ilícito)⁶¹.

Dilma, pues, aunque parezca menos a gusto que su mentor político con esa tendencia escabrosa de ejercicio del poder propia del *lulismo* y tratado de mostrar servicio cada vez que la corrupción salía a la superficie, ha acabado por encampar si no los métodos de gestión, cuando menos las formas de actuación política que derivan de la identidad de los integrantes del círculo palaciego y, sobretodo, del primer escalón de dirigentes del PT, comprometidos con el proyecto *lulista*. Es en ese sentido que una transición de Lula a Dilma resulta improbable.

Puesto que, ¿a qué llamamos transición de régimen? En primer lugar, no se trata de un acto único sino de un proceso, extendido en el tiempo, cuya primera fase es el fin de un régimen preexistente, seguida de una segunda en la que se produce la instalación de un nuevo régimen político, que debe continuarse por un tercer momento en el cual se procurará consolidar este nuevo régimen. Siendo la transición el conjunto de este proceso, es evidente que su curso dependerá de los rasgos que vayan asumiendo sus fases: desde la existencia o no de cuando menos un grupo de autoridades del antiguo régimen que admita no solo su substitución formal sino también el advenimiento de un régimen substancialmente distinto (aunque formalmente pueda pertenecer a la misma familia política) y la

⁵⁹ Apenas trascendieron algunos mensajes electrónicos de donde surgía que ella se refería a Lula como “PR” (Presidente de la República) y que negociaba su proximidad con él y la posibilidad de modificar su agenda, diciendo que se hablaban cotidianamente.

⁶⁰ Conf, Percival PUGGINA, “La vie en Rose”, *Tribuna da Imprensa*, Río de Janeiro, 03/12/12; “A adoração a Lula”, *Tribuna da Imprensa*, Río de Janeiro, 21/01/13.

⁶¹ “¿Renán presidente del Senado sirve al proyecto de poder? ¿Las órdenes del gobierno serán obedecidas? Entonces, ¿Renán a ellos!”. Percival PUGGINA, “Poder de meia-pataca”, *Tribuna da Imprensa*, Río de Janeiro, 03/02/13.

posibilidad de acuerdos con los mentores de éste para posibilitar que el éxito corone sus esfuerzos, hasta los cambios políticos reales que la instalación del nuevo régimen haya traído aparejados y el tipo de coaliciones sociales y políticas que se vayan constituyendo una vez instalado aquél (que no podrían repetir las circunstancias que condujeron a la necesidad de plantearse un cambio en la naturaleza del régimen, innovando en el tipo de gestión administrativa que lo acompañe, pero también y fundamentalmente en la manera de hacer política). A su vez, la forma de la transición condicionará las características del desarrollo y la estabilización del nuevo régimen, esto es, de su consolidación. En ese orden de ideas y a pesar de ciertas diferencias de temperamento de sus titulares, el gobierno de Dilma Rousseff aparece condicionado por las coaliciones políticas y sociales que ha heredado del gobierno Lula y por la presencia, en la estrecha esfera gubernamental y partidaria de los tomadores de decisiones, de personajes comprometidos con la manera de hacer política del *lulismo* (esté presente o no Lula en el gobierno) y con el proyecto de liderazgo del ex presidente. Finalmente (y salvo sean las idiosincrasias personales) era cierto lo que intuían quienes se agolparon en las calles de Brasilia el 1° de enero de 2011 para verla pasar: Dilma solo ha significado “un poco más de lo mismo”...